



UN GATO DE MIRADA ÁMBAR

Escribo en la tarde de un domingo de finales de primavera, en mi balcón. Vuelan los vencejos casi a la altura de mis ojos mientras una perdiz canta en la lejanía. Todos los árboles que se divisan desde aquí, pinos altísimos, álamos, plátanos de sombra y algunas acacias, muestran un verde resplandeciente. De vez en cuando, desde sus copas, llega un suave rumor de hojas movidas por el viento.

En esta placidez, Ray, mi gato, sale a la terraza. Camina con dificultad, casi dolorosamente, dirigiéndose a las macetas de pensamientos violetas y blancos. Después, se echa en el suelo y cruza una de sus patas delanteras sobre la otra. Mientras lo observo, recuerdo una leyenda budista que cuenta que, cuando fallece alguien muy espiritual, su alma se une a un gato. Y solo así, cuando el gato muere, puede acceder al paraíso. Siento la intensidad de una mirada ámbar sobre mí: llena de luz, llena de eternidad. La brisa mueve la veleta de una campana y ese sonido metálico me emociona.

Vivir el momento con serenidad, aceptando la realidad tal y como es: de esto saben mucho los gatos, los que escriben haiku y los budas.

**Cae la tarde.
Busca el gato enfermo
el calor del sol.**

© Toñi Sánchez Verdejo (diente de león)